de trincheras y te cercarán por todas partes; te destruirán á tí y á tus hijos, y no dejarán piedra sobre piedra, porque no conociste el tiempo en que fuiste visitáda" (1).

¿Tendremos necesidad de hacer observar la concordancia literal de esta profecía con los acontecimientos? Isaías y Daniel habian trazado ya este cuadro profético, y Jesucristo se lo apropia, refiriendo los acontecimientos á su persona, y precisando los tiempos y las circunstancias de acontecimientos tan memorables.

Sin embargo, no debemos pasar en silencio los esfuerzos empleados por el emperador Juliano, trescientos años despues, para desmentir la profecía de Jesucristo relativa al templo, esfuerzos todos prodigiosamente abortados.

La intencion de Juliano se halla muy bien espresada por Gibbon, cuya pluma hostil al cristianismo se doblega á la fuerza de la verdad, y obligada á describirla arroja en torno suyo, en las notas que acompañan el testo, los vislumbres de su infamacion y de su malicia. "Estando los cristianos, dice, firmemente persuadidos de que una sentencia de destruccion habia dejado arruinado para siempre todo el edificio de Moisés, queria Juliano sacar del resultado de su empresa un argumento especioso contra la fé debida á las profecías y á la verdad de la revelacion (2)."

Mas adelante espone Gibbon de la manera siguiente los esfuerzos de Juliano y el concurso de los judíos para hacerlo triunfar: "A la señal dada por su poderoso libertador, los judíos diseminados por todas las provincias del imperio acudieron á la montaña santa, y su insolente triunfo alarmó é irritó á los cristianos que se encontraban en Jerusalen. El deseo de reconstruir el templo ha sido siempre, desde su ruina, la pasion dominante de los hijos de Israel. En aquel afortunado momento olvidaron los hombres su avaricia y su delicadeza las mujeres. La vanidad de los ricos se sirvió de azadones y otros instrumentos de plata, y se vió llevar escombros á personas vestidas de púrpura y seda. Se abrieron todos los tesoros, no hubo nadie que dejase de tomar parte en tan piadoso trabajo, y *las órdenes del gran monarca fueron ejecutadas con entusiasmo por el pueblo entero.*" (3)

El mismo Gibbon nos refiere tambien que la empresa fracasó: "Pero en esta ocasion los esfuerzos reunidos del poder y del entusiasmo fueron infructuosos, y el solar del templo judáico, ocupado actualmente por una mezquita mulsumana, ofrece el compasivo espectáculo de la ruina y desolacion.... Los contemporáneos de aquel suceso, cuyo testimonio es por otra parte imponente, atestiguan, con cortas variaciones en sus relatos, que los nuevos cimientos del templo fueron destruidos y dispersados por torbellinos de viento y de fuego. Esta circunstancia fué referida por San Ambrosio, obispo de Milán, en una carta al emperador Teodosio, que debe escitar toda la animadversion de los judíos; por San Crisóstomo, que podia apelar á los recuerdos de los ancianos de su Iglesia de Antioquía, y por San Gregorio Nacianceno, que publicó una relacion del milagro antes de concluirse el mismo año. El último declara con entera libertad que los infieles no negaban este hecho sobrenatural; y por mas aventurada que su aseveracion parezca, se halla confirmada por el irrecusable testimonio de Adriano Marcelino. Este filósofo guerrero, que estimaba las virtudes de su maestro sin adoptar sus preocupaciones, cuenta, en la historia juiciosa y llena de candor que nos dió de su tiempo, los estraordinarios obstáculos que impidieron el restablecimiento del templo de Jerusalen: *Mientras Alipio,* dice, *ayudado del gobernador de la provincia, activaba con grande ardor los trabajos, salieron de entre los cimientos terribles globos de fuego; con frecuencia reventaban sobre los operarios, á quienes hirieron, y á veces les hicieron inaccesible el terreno. Y como siguiese este fuego cayendo cada vez con mas fuerza sobre los trabajadores, como si estuviese destinado á dispersarlos, al fin se abandonó aquel propósito.*" (4)

Este testo de Adriano Marcelino embarazó muchísimo á Gibbon, y antes de él á Voltaire: un milagro afirmado por un pagano, y tan á propósito para confirmar una grande profecía, era en efecto una cosa bien importuna; era, pues, preciso recurrir á la física y acusar á la naturaleza de complicidad con la religion. De aquí resultaron esas numerosas y estensas disertaciones de personas casi siempre incompetentes. "Por lo que á mí hace, dice con este motivo Chateaubriand, soy demasiado ignorante para entrar en controversia con los hechos, y carezco de la autoridad suficiente para interpretarlos ó combatirlos; los refiero como los he encontrado en otros." (5)

Lo único que resultó de aquella sacrílega empresa, fué que al abrir los cimientos para el nuevo templo, se acabaron de destruir los fundamentos del antiguo, y los oráculos de Daniel y de Jesucristo quedaron confirmados con lo mismo que se hacia para convencerlos de impostura.

IV. Dejemos al lector la tarea de notar y apreciar por sí mismo las demas profecías de Jesucristo; esta: "CUANDO SERE LEVANTADO EN ALTO, TODO LO ATRAERE A MI (6); esta otra: *Recibireis la virtud del Espíritu Santo, que bajará sobre vosotros, y dareis testimonio de mí* EN JERUSALEN, Y EN TODA LA JUDEA, Y EN LA SAMARIA, Y HASTA LOS TERMINOS DE LA TIERRA (7); y en fin, esta otra, tan grande y tan invencible, á la cual cada siglo y cada dia paga su tributo: TU ERES PEDRO, Y SOBRE ESTA PIEDRA EDIFICARE MI IGLESIA, Y LAS PUERTAS DEL INFIERNO NO PREVALECERAN CONTRA ELLA... ID, PUES.... ENSEÑAD A TODAS LAS NACIONES. ID POR TODO EL MUNDO, Y PREDICAD EL EVANGELIO A TODA CRIATURA, Y

(1) Luc., cap. 19 y 21.—Mat., cap. 24.—Marc., cap. 13.
(2) *Histor. de la decadencia del imp. rom.*, t. IV. p. 395.
(3) *Historia de la decadencia del imperio romano*, t. IV, p. 398.
(4) Gibbon, *Historia de la decadencia del imperio romano*, t. IV, páginas 399 á la 401.
(5) *Estudios históricos—de Juliano hasta Teodosio.*
(6) Juan, cap. 8.
(7) *Hechos de los Apóst.*, cap. 1.

ACORDAOS DE QUE YO ESTOY SIEMPRE CON VOSOTROS HASTA LA CONSUMACION DE LOS SIGLOS (1).

Trasladados á la época en que fueron pronunciadas estas poderosas palabras, en que fueron escritas, considerad todos los obstáculos que el mundo entero y la naturaleza de los hombres y de las cosas les oponian, y al mismo tiempo con qué débiles medios contaban para un écsito tan imposible; considerad en seguida este écsito, este écsito admirable, prodigioso y tan literalmente de acuerdo con la promesa que se realizaria, y decíos á vosotros mismos, si pudo cumplirlo nadie mas que un Dios.

Haced el mismo raciocinio y la misma comparacion respecto de cada una de las profecías que hemos citado, y vereis que de cada una de ellas se deduce siempre igual conclusion. Reunid en seguida todas las profecías, y en todas ellas vereis su sucesion inmensa, su manifiesto encadenamiento y su puntual concordancia entre sí y con los acontecimientos. Calculad cuántas casualidades, cuántas coincidencias, y qué feliz concurso en los hombres y en las cosas serian necesarios para producir tan admirable conformidad, un encadenamiento tan maravilloso, tanta esactitud en los detalles y en el conjunto de esas profecías y de esos acontecimientos en cosas tan estraordinarias, á tan considerables distancias de tiempos y lugares, á través de obstáculos tan variados, sin el mas pequeño mentís, sin la mas ligera desviacion. Buscad en cualquiera otra cosa, á menos que sea en la naturaleza y armonía de los cielos, nada que se parezca á esta manifestacion del Ser Soberano.... y preguntad en seguida, en lo mas íntimo de vuestra conciencia, si el fin de tantas maravillas podria ser acreditar una religion de impostura y tener por objeto la falsedad.

Abandonamos la suerte de la verdad, que es el objeto de estos *Estudios*, á la respuesta que os dareis á vosotros mismos, ó mas bien, que os dará esta misma Verdad; pues si la escuchais bien, oireis que os dice, con grande asentimiento de vuestra razon, las siguientes palabras, que profirió en otro tiempo por boca de su profeta Isaías:

"Venid, y raciocinemos juntos.

"¿Quién hizo oir las cosas desde el principio y desde entonces las predijo? ¿No fuí yo, no soy el Señor, (2) yo que anuncio desde el principio lo postrero, y mucho tiempo antes lo que aun no ha sido hecho, diciendo desde el orígen del mundo: Mis decretos subsistirán y todas mis voluntades serán cumplidas? (3)

"Yo anuncié y salvé, yo solo hice tantas maravillas delante de vosotros; vosotros sois los testigos de mi divinidad, dice el Señor (4).

"Yo hice predecir mucho tiempo antes lo que sucedió despues; habia anunciado lo que despues se ha cumplido, porque supe que eres duro, que tu espíritu es rebelde y de hierro tu cerviz. Por esto te dije las cosas de antemano: antes de que viniesen te las hice saber, para que nunca dijeses que habian sido obra de tus dioses y resultado de sus órdenes, y para que reconocieras que yo soy el Eterno; que no hay mas Dios que yo; que no hay otro Dios fuerte, justo y Salvador, mas que yo." (5)

(1) Mat., cap. 28.—Márc., cap. 16.
(2) Isaías, cap. 45, v. 21.
(3) Isaías, cap. 46, v. 10.
(4) Isaías, cap. 43, v. 12.
(5) Isaías, cap. 45 y 48.

CAPITULO V.

LOS MILAGROS.

Las varias partes de nuestro asunto se confrontan y enlazan de modo que nos espondriamos á grandes repeticiones si quisiéramos tratar de cada una de ellas independientemente de las demas.

Es por lo tanto absolutamente necesario que lo dicho una vez sea retenido, y que se recuerde por sí mismo cuando se presente ocasion de referirlo á lo que falta que decir todavía.

En el profundo estudio que hemos hecho, habemos adquirido la conviccion razonada de la autenticidad y verdad de los Evangelios, y hemos quedado tan penetrados de esta autenticidad y verdad, que al cojer el libro de los Evangelios, al abrirlo y leerlo, todo cuanto hay escrito en él nos parece dotado del mismo poder de persuasion y certidumbre, que si lo hubiéramos visto por nuestros propios ojos.

Luego los MILAGROS consignados en los Evangelios son verdaderos: luego su autor, Jesucristo, es el autor mismo de la naturaleza.

Una vez conseguido este resultado, que no podrá defraudársenos mientras sea constante, como hemos demostrado, *que no hay nada mas auténtico y verdadero* que el testimonio de los Evangelios, nada mas tendremos que hacer que disipar las objeciones, ó mejor las preocupaciones que se forman de ordinario en torno de la verdad de los milagros, y confirmarnos, despues de haberlo desprendido de ellas, en el fundamento decisivo de su admision.

Tal va á ser el doble objeto del presente *Estudio.*

§. I.

¿Son posibles los milagros?

¿Ha debido Dios hacer milagros, y cuál es la razon de su conveniencia?

Si los hubo en el orígen del cristianismo, ¿por qué desde entonces han ido siempre en diminucion, y por qué no los hay ahora?

Los falsos milagros, que en la edad media encontraron una fé tan sincera, y que fueron objeto de tan poca crítica, ¿no nos enseñan lo que debemos pensar de los milagros en general, y no nos proporcionan un motivo muy poderoso para creer que los milagros evangélicos no tienen en su favor mas que su antigüedad y el prestigio de su alejamiento?

Muchos de estos milagros evangélicos no solamente suponen una *suspension* de las leyes de la naturaleza, siempre difícil de creer, sino un estado de estas leyes distinto del nuestro, lo cual es todavía

mas difícil de admitir: entendemos hablar de los hechos de *posesion por el demonio*, y sus diferentes géneros, de los cuales no ha sobrevivido ninguno. ¿No hay evidentemente sobre este último punto nada de ignorancia, de ilusion, de sorpresa ni de truhanería? ¿Por qué estos hechos han desaparecido con las tinieblas de la ignorancia, y no se reproduce ni uno siquiera en nuestros siglos de ilustracion? Pero siendo falsos estos hechos, los milagros que se refieran á ellos, y de los cuales hay tantos en el Evangelio y en los anales de los primeros cristianos, ¿comprometen y envuelven por consiguiente en el mismo descrédito á todos los demas milagros evangélicos?

Tales son las preocupaciones á que debemos contestar.—Lo haremos en pocas palabras, convencidos, como nos hallamos, de que á las inteligencias rectas y sinceras les basta una esplicacion esacta, aun cuando sea sobria y lacónica, y de que las demas no reconocen límites en sus ecsigencias.

I. ¿Son posibles los milagros?

"Esta cuestion, tratada seriamente, dice *Rousseau*, seria impía si no fuese absurda; castigar á quien la resolviese negativamente seria hacerle demasiado honor; bastaria encerrarlo. ¿Quién ha negado jamas que puede Dios hacer milagros? Seria preciso ser hebreo para preguntar si podia Dios hacer las tablas en el desierto." (1)

Solo un sofista, que debia retirarse inmediatamente despues de haber recibido el beneficio de esta verdad, podia imponerla á los demas con tanta intolerancia.—Nosotros, empero, que nada queremos imponer, ni aun la verdad, entraremos en algunas justificaciones:

Los milagros son *modificaciones* de las leyes de la naturaleza. Para que aquellas *modificaciones* fuesen *imposibles*, seria necesario que estas leyes fuesen *necesarias*, es decir, que fuese contradictorio que hubiesen podido ser diferentes de lo que son. Pues bien: las leyes de la naturaleza son constantes, pero no *necesarias*. No implica contradiccion que hubiesen podido ser diferentes: por ejemplo, que, en lugar de ser de cien años la vida del hombre, hubiese sido de mil, ó que hubiese sido inmortal, ó que, despues de haber dejado el cuerpo, hubiese vuelto á unírsele; que la procreacion humana se hiciese por la mujer solamente; que los cuerpos no fuesen impenetrables ó graves, etc. Todo esto hubiera podido ser, y entonces lo que es actualmente, la corta duracion de la vida del hombre, la muerte, la generacion por medio de los dos secsos, la gravedad, la impenetrabilidad, etc., que hubiesen acaecido accidentalmente, hubieran sido otros tantos milagros. Este mismo estado actual, á que llamamos *la naturaleza*, no fué en su principio mas que el efecto de un milagro, del mayor de todos ellos, el de la *creacion*. Su conservacion es tambien un milagro continuo, que no tiene otro principio ni mas regla que el poder y benevolencia del Ser soberano que lo sostiene en la nada de donde lo sacó. Con esta esplicacion comprenderá cualquiera, que no siendo lo que llamamos *milagro* mas que una modificacion en la creacion, esto es, no siendo mas que un pequeño milagro dentro de este gran milagro de los milagros, su posibilidad no puede ni siquiera ponerse en duda. Es evidente que el mismo poder que creó, y que conservando crea todos los dias, puede modificar.

Mas si *el poder* de hacer milagros no puede ser en sí mismo contestado, se apela á la sabiduría de Dios, que se opone á la *alteracion* de sus obras. Estaria en desacuerdo con la idea que debemos formarnos de esta sabiduría, suponer que tenga necesidad de *retocar* su obra, aun proponiéndose un fin superior. Lo que Dios ha hecho ha debido estar bien hecho desde el principio, y estar dispuesto conforme á todos sus fines ulteriores.

Suscribimos enteramente á este sentimiento: decimos, empero, que al hacer Dios los milagros no *altera* ni *retoca* sus obras, sino que las hace producir un efecto preparado y concertado desde el principio con sus obras mismas, y que hace parte de ellas; como un legislador que al fijar la regla dispone al propio tiempo su escepcion. Al crear la naturaleza podia Dios disponerla de otro modo que el que tiene, y hacer que lo que es en la actualidad milagroso fuese natural, y que lo que es natural fuese milagroso; por ejemplo, que la gravedad no fuese una cualidad *natural* de los cuerpos. Lo que podia hacer, pues, como *regla*, lo hizo como *escepcion*, debiendo suceder mas tarde y en el momento dado para el objeto que se proponia. Esta escepcion es para nosotros milagro, porque es distinta de la regla y solo se produce en el seno de ella; pero como este milagro se remonta en la voluntad que lo opera al establecimiento de la regla, es decir, á la época en que no habia regla, y en que lo que nosotros llamamos así era el mayor de todos los milagros, la creacion; este milagro, decimos, no es *otra cosa* que la misma creacion, aunque para un caso particular y ulterior. De este modo se concilian perfectamente en lo que llamamos *milagro* el poder y la sabiduría de Dios.

No pretendemos presentar esta concepcion como un artículo de fé, aun cuando esté apoyado en los mas puros datos de la filosofía y de la religion; pero intentamos demostrar con ella que los milagros no chocan con la razon, y que hallándose ademas probados *de hecho*, no deben encontrar en nosotros ninguna repugnancia á admitirlos.

II. Los milagros no son, pues, contrarios al poder ni á la sabiduría de Dios; por consiguiente, *pueden ecsistir, son posibles*. Pero *¿ha debido haberlos?* ¿La razon que concibe su *posibilidad*, debe admitir igualmente su necesidad y conveniencia? Este es el efugio por donde quiere eludir Rousseau la autoridad de los milagros; no da ninguna razon para combatirla sobre este punto, así como no la habia dado tampoco para probarla en el anterior; dice tan solo: *esta pregunta es ociosa: si pudiese haber alguna diferencia, en cuanto á la fé, en la manera de contestar á ella, las mas grandes ideas que*

(1) *Cartas de la Montaña*, edicion de 1793, t. XIII, p. 104.

pudiésemos tener de la sabiduría y de la majestad divina estarian por la negativa (1). Semejante método de insinuar el error es peregrino, y creemos haber adquirido derecho á no quedar satisfechos.

Si se reflecsiona bien, se verá que los milagros eran los únicos medios de notificar á los hombres la intervencion del Criador.

En el estado natural de las cosas, no se nos revela Dios mas que por medio de sus obras: su lenguaje es la creacion: era, pues, conforme al primer estado de las cosas, que queriendo revelársenos mas particularmente, obrase mas particularmente como criador; y como *fuera de la naturaleza* ya ecsistente no podia hacer ningun acto de criador sino por medio de actos *sobrenaturales*, de milagros, esos actos estraordinarios de creacion eran los únicos medios de revelacion estraordinaria del Criador. Los actos generales de la creacion no son seguramente indignos de la sabiduría ni de la majestad de Dios; ¿por qué lo habian de ser, pues, los particulares? ¿Habria menos majestad en decir á un muerto: *resucita*, que en decir al primer hombre: *Crece y multiplícate?* ¿Hemos olvidado que los hechos generales de la creacion no son tales sino con respecto á nosotros, y que al principio fueron, como serán siempre para Dios, hechos particulares, milagros, que no se diferencian de los demas sino en que son repetidos? "¡Cuánto desprecio á esos filósofos, esclama el gran Bossuet, que midiendo los consejos de Dios por su propio cálculo, no lo hacen autor mas que de un cierto órden general, del cual procede, como puede, todo lo demas! ¡Como si Dios tuviera, á nuestra semejanza, miras generales y confusas, y como si su soberana inteligencia no pudiese comprender en sus designios las cosas particulares, *las únicas que subsisten verdaderamente!*" (2)

Tened en cuenta que Rousseau parte del principio de que ha habido revelacion, (3) y que le asigna *tres* medios ó caracteres principales, de los cuales los dos primeros son *la belleza de la doctrina, y la virtud de sus discípulos*. . . . A su tiempo ecsaminaremos el tercero.

¿Pero no se ve ya el paralogismo en que va á encerrarse? No siendo necesaria la revelacion sino porque están los hombres ciegos y maleados, esta ceguera debia impedirles ver desde luego *la belleza* de la doctrina, y esta malignidad apreciar *la virtud* de sus discípulos y de su autor. Esta *belleza* debia parecer *locura*, esta *virtud crimen;* y la prueba de que así sucedió está en la cruz de Jesucristo y en los tres siglos de persecucion que subsiguieron. Lejos de ser medios la *belleza* de la doctrina y la *virtud* de sus discípulos, debieron ser obstáculo; y lejos de dispensar los milagros, debieron hacerlos mas necesarios. Mas adelante sin duda, cuando hubieron dado sus frutos, pudieron convertirse en medios; pero al principio, lo repetimos, es contradictorio en teoría y contrario á los hechos que la belleza de la doctrina y la virtud de sus discípulos fuesen suficientes para la conversion del universo.

El mismo Rousseau se ve obligado á reconocerlo, y á admitir al fin un tercer medio. . . . *los milagros.* Pero lo endosa en seguida *al pueblo, incapaz de formar raciocinios seguidos, de hacer observaciones lentas y seguras, y siempre esclavo de los sentidos*. . . . *La bondad divina*, dice, *se presta á las flaquezas del vulgo y* SE COMPLACE EN DARLE PRUEBAS ADECUADAS A SU CAPACIDAD. *Mas estas pruebas no son nunca para las personas instruidas y que saben raciocinar, pues deben parecerles* EQUÍVOCAS; *para ellas no hay ningun signo verdaderamente cierto, mas que el que se desprende de su doctrina, y por consiguiente solo los buenos pensadores pueden tener una fé sólida y segura.* (4)

¿Qué diremos de esta distincion establecida entre el *vulgo* y las *personas instruidas* á los ojos de Dios; de este doble procedimiento de la divina sabiduría respecto de los hombres, tosco el uno para con el pueblo, delicado el otro para con las personas de talento; de esta pretension que hace depender la fé del hilo del raciocinio para los unos, y del cebo de los milagros para los otros, sin que para los primeros sirvan estos mismos milagros de prueba; de la conclusion, en fin, de que *solo los buenos pensadores pueden tener una fé sólida y segura*, conclusion tan justificada por Rousseau y por todos los buenos pensadores de su siglo? Sí: ciertamente, hay una distincion entre el *pueblo* y los *pensadores* á los ojos de Dios y en el efecto de su revelacion; pero es la siguiente: "Os doy gracias, oh Padre mio, Señor del cielo y de la tierra, porque ocultásteis todas estas cosas á los *sabios* y á los *prudentes*, las revelásteis á los *pequeños*. Sí, Padre mio, os doy gracias porque os plugo hacerlo así." (5)

Pero pasemos adelante. Por lo que percede, creereis que Rousseau reconocia la verdad de los milagros, á lo menos respecto del pueblo. Siendo así os preguntareis sin duda: ¿cómo esos milagros que *la bondad divina, prestándose á las flaquezas del vulgo, se ha complacido en hacer como pruebas adecuadas á su capacidad, no sirven* igualmente para los *buenos pensadores*, y cómo siendo *verdaderos* para los unos, son EQUÍVOCOS para los otros? He aquí la solucion del enigma:—"Supuesto que el carácter de los milagros, dice, convence á aquellos á quienes está destinado, *¿qué importa que sea aparente ó real?* esta es una distincion que ELLOS (el vulgo) no se hallan en estado de hacer.—Esto es lo que hace *el carácter de la revelacion, equívoco* para las personas instruidas y que saben raciocinar." (6)

¡Digno defensor de la majestad divina, que encuentra contrario á esta majestad el que haga Dios verdaderos milagros, y que los hace hacer simulados y engañosos, y estos con tan poca habilidad, que *las personas instruidas* se aperciben de ello!!! He aquí, pues, y el mismo Rousseau desenvuelve mas adelante esta estravagante idea, á Dios obligado á hacer milagros en prueba de su revelacion, que hace en lugar de milagros reales milagros aparentes, de la misma manera que un charlatan hace

(1) *Cartas de la Montaña*, t. XIII, p. 305.
(2) *Oracion fúnebre de María Teresa de Austria.*
(3) *Cartas de la Montaña*, t. XIII, p. 85.
(4) *Cartas de la Montaña*, t. XIII, p. 88 y 89.
(5) Luc., cap. 10, v. 21.
(6) *Cartas de la Montaña*, t. XIII, p. 89.

los cubiletes delante del vulgo, *que no se halla en estado de distinguir esta falsedad*, mientras que las personas instruidas y que saben raciocinar lo ven todo, no se dejan fácilmente engañar, y á lo menos juzgan que esos pretendidos milagros son bastante *equívocos*.

¡Oh razon incrédula, á lo que te ves reducida! ¿Quién puede castigarte mejor que tú misma lo haces?

Volvamos á tomar el hilo de nuestro asunto:

En nuestro concepto, decir Dios es decir criador y dueño de la naturaleza. Naturalmente solo por medio de esa cualidad se nos notifica. En el estado de corrupcion y de ceguera moral, sobre todo, en que la humanidad habia caido cuando se hizo mas necesaria por esto mismo la segunda revelacion, las pruebas intelectuales ó morales no podian directamente nada. Por otra parte, en todos tiempos estas pruebas no pueden mas que muy imperfectamente convencer de la verdad divina, porque es propio de esta verdad el ser misteriosa é incomprensible para el hombre, á no ser que sea por medio de la fé, cuyo fundamento debe ser la autoridad. Se necesitaban, pues, pruebas de autoridad, y de autoridad divina. El *Criador*, por consiguiente, no podia atestiguar su autoridad sino por medio de actos de *criador*, de milagros.

Por esto con frecuencia apela Jesucristo á esta prueba como la mas convincente: *Las obras que mi Padre me ha dado potestad de hacer*, dice, *dan testimonio de mí y de que he sido enviado por mi* Padre.... *Si yo no hubiese hecho en su presencia obras que nadie ha hecho.... Si no dais fé á mis palabras, creed á lo menos en las obras que hago... Tiro y Sidon se levantarán en el dia del juicio contra esta nacion; porque si los milagros que se han obrado en su seno hubiesen sido hechos en el seno de aquellas ciudades, se hubieran convertido, etc.*

La conveniencia y la necesidad de los milagros se hallan, pues, justificadas, lo mismo que su posibilidad.

III. Si los milagros eran necesarios, ¿por qué no lo son siempre? ¿Por qué ese privilegio concedido á los contemporáneos de Jesucristo, de haber visto aquellos destellos de su divinidad, y reducirnos á nosotros al pálido y dudoso reflejo del testimonio de los hombres? ¿Por qué interponer tantos hombres entre Dios y nosotros? etc., etc.

Nada hay mas fácil de concebir y justificar que la sabiduría de esta economía, que tanto escitó el humor arrogante de Rousseau.

"No siempre pueden hacerse milagros; no llamarian nuestra atencion sino siendo estupendos, y dejarian de serlo si fuesen ordinarios. Quien viese por la primera vez la sucesion de los dias y las noches, la vuelta periódica de las cuatro estaciones, la desnudez de los árboles y el renacimiento de las hojas, la prodigiosa fuerza de las semillas, la hermosura de la luz y la variedad de colores, de sonidos, de perfumes y de sabores, estaria como aturdido, agobiado por tantas maravillas, y sin embargo, nosotros no nos paramos en ninguna de ellas, no porque nos sea fácil conocer sus causas, porque ¿hay nada mas oscuro? sino porque estamos habituados á esperimentar sus sensaciones. Fué, pues, muy útil que hiciera Dios milagros, á fin de que, agrupándose los fieles al rededor de ellos y desparramándose en seguida, sirviesen de autoridad y cambiasen las costumbres."

Esta reflecsion, en que el simple buen sentido se eleva hasta la mas alta filosofía, es perentoria. Es del grande San Agustin (1).

Por consiguiente, ecsigir siempre milagros, es ecsigir *ordinariamente* cosas *estraordinarias*, esto es, imposibles.

2. Pero ademas de ser esto imposible, no es tampoco necesario en el órden de la estricta justicia.

Debe Dios darnos motivos para creer en su revelacion, signos determinantes de su divinidad. ¿Carecemos de ellos? ¿No tenemos todos los necesarios para que sea inescusable nuestra incredulidad? Esta es la cuestion: nuestros *Estudios* pueden contestarla. ¿Qué importa que Dios haya dado mas pruebas ó pruebas mas directas á unos que á otros, supuesto que los que tienen menos tienen las suficientes? "Amigo mio, puede decirnos como á los trabajadores del Evangelio, no te hago agravio: ¿no te concertaste conmigo por un denario? Toma lo que es tuyo y vete, pues yo quiero dar á este postrero tanto como á tí. ¿No me es lícito hacer lo que quiero? ¿Acaso tu ojo es malo porque yo soy bueno? ¿O no puedo yo ser liberal sin causarte celos?"

3. Ademas, nosotros no vemos el fin de las cosas y las últimas disposiciones del padre de familias en el gran dia del juicio, cuando cada uno de los hijos se verá obligado á devolver lo que haya recibido, y á dar cuenta de los talentos que se le hubiesen confiado. ¡Oh! el alma fiel y sencilla que adora á Jesucristo bajo los velos eucarísticos, debe consolarse de no haber visto su humanidad glorificada, y debe amar las dulces pruebas de su amor y de su fé, cuando oiga estas profundas palabras: "Porque me has visto, Tomás, has creido: bienaventurados los que no vieron y creyeron." (2)

4. Hay, por otra parte, grande ilusion en creer que la vista de los mayores milagros de Jesucristo hubiese convertido á los que se resisten en la actualidad á las pruebas que producimos. "Si viese yo un milagro, se dice con frecuencia, me convertiria." ¿Saben los que así hablan qué es *convertirse?* ¿Se convirtieron todos los testigos de los milagros de Jesucristo? Muchos se hicieron mas culpables y justifican este pensamiento de Pascal: "Los milagros no sirven para convertir, sino para condenar.—Se dice que un milagro convertiria, cuando no se ve, añade este profundo pensador. Las razones, vistas de lejos, parecen limitar nuestra vista; pero al llegar á ellas se empieza á ver mas allá. Nada puede detener la volubilidad de nuestro espíritu. No hay regla, dicen, sin escepcion, etc." (3)

(1) San Agustin, citado en el catecismo de Argel por el abate Duguet.
(2) Juan, cap. 20, v. 29.
(3) *Pensamientos*, t. II.

Rousseau se encargó de justificar esta prueba de Pascal y de confundir la insolente ecsigencia con que él mismo pretende en otra parte que Dios debia haber hecho milagros para todos los hombres. "Se acaba de descubrir, dice, el secreto de resucitar á los ahogados; se ha estudiado ya el de resucitar á los ahorcados; ¿quién sabe si en los otros géneros de muerte se llegará tambien á devolver la vida á los cuerpos que se habian creido privados de ella?.... Por lo demas, *por admirable que pudiera parecerme un espectáculo semejante* [el de la resurreccion de un muerto], *por nada de este mundo quisiera presenciarlo; porque ¿qué se yo lo que me sucederia? En vez de volverme creyente, tendria gran miedo de que me volviera loco.*" (1)

La fé ó la *conversion* no es negocio del entendimiento, ni cede á la evidencia. Convertirse es olvidarse de sí mismo, amar á Dios, desamar á las criaturas, morir á sí propio; en una palabra, para aquel que no está dispuesto á ella con toda su voluntad y con todo su corazon, un milagro mayor que todos los demas. El amor no se impone ni por medio de milagros. Es menester hallarse dispuesto á él, y en semejante disposicion se cree en los milagros, y convierten; si no, *por admirable que pueda parecer un espectáculo semejante*, hablando el lenguaje de Rousseau, siempre elude uno su autoridad, y los milagros mismos condenan. Este es el sentido de aquellas palabras que dirigia el Salvador á los incrédulos judíos: "Las obras que yo hago en nombre de mi Padre dan testimonio de mí; mas vosotros no creeis, *porque no sois de mis ovejas.*"

5. Pero todo lo dicho hasta aquí, propiamente hablando, no son mas que consideraciones, y es menester que demos razones directas de la diminucion de milagros, desde el establecimiento del cristianismo hasta nuestros dias.

Ya hemos dicho en otro lugar, que las razones de credibilidad ó de increbilidad fueron diversas, pero no inferiores, segun los tiempos, y se puede sostener con ventaja que el estado actual de las pruebas del cristianismo no es inferior al de la época en que vivia Jesucristo y en que obraba sus mayores milagros. Unicamente, por efecto de una ilusion vulgar, nos parece que las pruebas mas lejanas deben ser las mas fuertes; así como nosotros decimos que la vista de los milagros nos convertiria, los que eran espectadores de los milagros y se quedaban sin convertirse, decian que la vista del cumplimiento de las profecías, de que nosotros gozamos en el dia, les hubiera convertido.

¿Cuál de estas dos ilusiones es mas grosera? Seria difícil decirlo: tan compensada está de una y otra parte la suma de pruebas incontestables; este es el motivo que hace que las primeras [*los milagros*] debieron cesar proporcionalmente á medida que las segundas [*el cumplimiento de las profecías*] han ido ocupando su lugar.

Observemos, en efecto, que durante la vida de Jesucristo *nada* lo probaba sino sus milagros; decimos mas, *todo* probaba contra sus milagros.

(1) *Cartas de la Montaña*, p. 112.

En el dia nacemos cristianos, chupamos y respiramos el cristianismo desde el seno de nuestras madres, y todo al rededor nuestro en la sociedad nos inspira sus creencias y costumbres. De modo que somos incrédulos por antojo; es menester para ello que las pasiones nos hagan violencia.

Cuando apareció Jesucristo sucedia lo contrario: las preocupaciones paganas, y quizás mas aún las preocupaciones judáicas, estaban en contra. La naturaleza misma estaba del lado de estas preocupaciones, y formaba con ellas un peso infinito. No eran incrédulos falsos, incrédulos de mala fé consigo mismos, como la mayor parte de los de nuestros dias, á los que era necesario confundir: eran incrédulos verdaderos, sinceros y legítimos, que era preciso convencer; ¿qué decimos, incrédulos? no eran incrédulos en particular, sino la masa de la sociedad, el mundo entero, la naturaleza humana; era ese *centro* vasto y profundo en que se agitaba la humanidad, que era preciso refundir y hacer pasar de la sabiduría de los hombres á la locura de Dios.

Pues bien: para obrar este cambio se necesitaban y eran indispensables grandes milagros. Los milagros no solamente eran la prueba mayor, sino *la única* que podia Jesucristo emplear.

Hasta las profecías, lejos de probar á Jesucristo durante su vida, probaban contra él, y lo sobrenatural se mezclaba con lo natural para luchar contra su luz.—Las profecías eran de dos clases, antiguas y nuevas: las antiguas, interpretadas generalmente en sentido humano, habian hecho concebir la esperanza de un advenimiento glorioso y triunfante, á la manera de las grandezas terrestres; y no solo no correspondia Jesucristo á esta esperanza, sino que la contradecia abiertamente con la humildad y abyeccion de su vida y de su muerte. Las nuevas profecías que Jesucristo hacia: que convertiria el mundo; que cuando estaria clavado en cruz todo lo atraeria á sí, etc., desconcertaban aun mas todas las ideas, porque hacian de su humildad y abyeccion, no un accidente, sino una eleccion y un principio de triunfo que echaban por tierra todas las esperanzas y todas las conjeturas.

De aquí resulta que las pruebas que en la actualidad poseemos de la divinidad de Jesucristo (el écsito de su doctrina y el cumplimiento de sus profecías), no solamente no las juzgaban los judíos *favorables*, sino que las creian *contrarias;* de suerte que sin los *milagros* no tenian ningun motivo para creer en él, y que este solo motivo tenia que balancear y forzar todas las razones naturales, y hasta las sobrenaturales de incredulidad que desde entonces se han convertido en razones de fé.

Por esto vemos siempre en los Evangelios, que los testigos de los milagros de Jesucristo están divididos entre la fuerza de sus milagros y la de las preocupaciones naturales y sobrenaturales que hemos espuesto. Preocupados é infatuados con sus profecías, y sobre todo con el aspecto carnal bajo que se habian acostumbrado á considerar su objeto, no podian volver del desencantamiento que les causaban la sencillez y oscuridad de Jesucristo; no podian resolverse á ver en él á aquel Cristo *que debia*